

ARTICULO V.

*EL VERDADERO FILOSOFO
percibe la necesidad de una revelacion, y ésta le debe
ser mas suave de llevar que à todos los otros
hombres.*

¿Puede nuestra alma, cansada de errar, vaga por mil opiniones humanas dejar de apetecer un maestro de la verdad que la encamine? O no deseará asirse à una roca, despues de haber sido llevada y traída por las olas en un sentido las mas veces contradictorio? Uno de nuestros Filósofos incrédulos (1) imitando al antiguo Luciano, se siente por esto harto disgustado de la inconstancia de sus colégas. Yo consulté, dice, à los Filósofos. Ojeé sus libros: exâminé sus diversas opiniones; pero los hallé à todos fieros, afirmativos, dogmáticos. Aún en su Scepticismo pretendido no ignoran cosa: nada prueban, se burlan los unos de los otros, y este punto comun à todos me parece el único sobre que combaten; pero en defendiendose, no tienen algun vigor. Si pesais sus razones, no las tienen sino para disputar: escuchar-

(1) Rousseau Emil. tom. 3. pag. 25. Je consultai les Philosophes (imita à Luciano) je feuilletai leurs livres, j'examinai leurs diverses opinions. Je les trouvai tous fiers, affirmatifs, dogmatiques, même dans leur Scepticisme prétendu, n'ignorant rien, ne prouvant rien, se moquant les uns des autres; et ce point commun à tous me parut le seul sur le quel ils attaquent, ils sont sans vigueur en se defendant. Si vous pesez leurs raisons, ils n'en ont que pour détruire. Si vous comparez les voix, chacun est réduit à la sienne; ils ne se accordent que pour disputer: les écouter, n'étoit pas le moyen de sortir de mon incertitude.

charlos no era el medio que yo necesitaba para salir de mi incertidumbre. Yo concibo que la insuficiencia del espíritu humano es la primera causa de esta prodigiosa variedad de sentimientos, y que el orgullo es la segunda.

¿A quién no le parecerá que está oyendo à San Agustin, quando disgustado de la insubsistencia del Maniqueismo, y de la Academia ó Scepticismo, se disponia por un principio de salud à entrarse en los brazos de la Iglesia? Ojalá que Rousseau diera à ver una conversion semejante, è hiciérase despues con sus talentos que se volviese à oír un segundo Agustino. Por este medio ha conducido Dios muchas almas grandes desde la incredulidad à la luz de la revelacion. O por mejor decir, à todas las cosas cerró Dios (1) en la incredulidad, quando envió à su hijo. A quien el Señor deja conocer los errores y los engaños, no debe estar muy lejos de manifestarle la verdad. Por esto he dicho que el Scepticismo, si es moderado y sincero, es tambien un movimiento saludable ácia la Religion.

El célebre Arnauld de Antillí, hablando de la Filosofía de Descartes, dice: „ En efecto las meditaciones de Descartes pueden ser miradas como un instrumento de que la providencia ha querido servirse; para detener la inclinacion que muchas personas de estos ultimos tiempos muestran tener à la irreligion y al libertinage.“

¿Por ventura faltan motivos para creer, que aquel Dios que esconde algunas veces bajo me-

(1) Concluserit enim Deus omnia in incredulitate, ut omnium misereatur. O: altitudo divitiarum sapientie Dei! Ad Roman. 11. v. 32.

LXX.

El desengaño es el primer acierto, y la primera sabiduría es dejar de errar.

» dios puramente humanos la distribución de los
 » bienes sobrenaturales que reparte, ha tenido por
 » fin la curación de estos enfermos, obligándolos
 » à entrar en las justas desconfianzas de sus luces,
 » quando les ha suscitado un hombre, que tuvo
 » tantas y tan ventajosas qualidades naturales para
 » sondárlas? ¿Qué tuvo una penetración de espí-
 » ritu del todo extraordinaria para las ciencias mas
 » abstractas? ¿Una aplicación à la Filosofía y no
 » mas? ¿Un hombre finalmente, que por las pro-
 » prias armas de los Incrédulos, halló los medios
 » para convencerlos, supuesto que ellos quieran
 » à lo menos abrir los ojos à la luz que se les pre-
 » senta? “

Asi me he representado yo siempre à un Filósofo tan útil por lo que sabe, como por lo que ignora. Su ciencia modesta sigue con paso sereno à la verdad: su ignorancia humilde es luego seguida de la verdad, que se complace en semejantes disposiciones de ánimo.

Los Filósofos del Gentilismo conocieron en sí este vacío y debilidad de su razón. Ciceron habla tanto por sí, como por otros que introduce en sus Diálogos, quejándose de esta enfermedad. A Sócrates le hace decir, que los mas sabios no pueden saber por sí mismos el culto y manera de reverenciar à los Dioses: que para esto se debe dirigir à la misma Divinidad, y que ésta (1), siendo propicia, enviará alguno que nos instruya. El mismo instinto siguieron todos aquellos, que para autorizar sus doctrinas, fingian haberlas recibido del

(1) Cicer. in Alcibiad.

LXXI.
 Sintieron los Filó-
 sofos paganos este
 vacío, y que era
 necesario una lum-
 bre soberana.

PREVENCIÓN A LOS VERDADEROS FILÓSOFOS. 209
 del Cielo. ¿Y qué otra cosa nos prueba el frecuen-
 te recurso que hacian à sus falsos Oráculos, para
 saber lo que suponian negado à la razón? Quien
 mas notable se me hace en este genero, no es el
 comun de los Filósofos, sino particularmente
 Epicuro.

Con ser este un jurado irreligionario y su Fi-
 losofía un estudio de negar todo espíritu soberano;
 con todo eso dá sus máximas con color de revela-
 das. Por esto las llama reglas venidas del Cielo:
Calo delapsas sententias (1). No se diga que esto
 era aprovecharse de la credulidad del pueblo que
 interiormente despreciaba: pues estas máximas no
 las hizo, sino para sus discípulos, que eran como
 él sabidores del secreto de su impía Filosofía.

Por este conocimiento, que aun los menos sin-
 ceros Filósofos no podian arrancar de su seno, se
 convence su culpa de no haberse dirigido à Dios,
 como conocian que debian, para que les instruyése
 en la doctrina necesaria para la vida eterna. ¿Cuán-
 to mas grave es el delito de nuestros Incrédulos
 que conociendo à Jesu-Christo y el depósito que
 dejó en la Santa Iglesia de sus Oráculos, Mysterios
 y Sacramentos, lo desprecian todo y gustan arro-
 jarse à la variedad de las opiniones y à la incerti-
 dumbre de la débil razón?

Ponderan, quan doloroso es à un Filósofo sacri-
 ficar sus luces y su alta ciencia à una doctrina en-
 cerrada en mysterios. Es muy estraña esta dificul-
 tad.

Tom. I.

Dd

tad.

(1) Cicer. de Finib. num. 7. Quis enim vestrum (Epicureorum) non edidit Epicuri
χρυσίας δόξας, id est, quasi maxime ratas, quia gravissimæ sunt ad beatè
 vivendum breviter enunciatae sententiæ.

LXXII.
 Notase esto en el
 mismo Epicuro.

LXXIII.
 Se prueba que à
 nadie es menos
 costoso el sacrifi-
 cio de la razón,
 que al Filósofo.

tad. Yo pensaba muy al contrario, creyendo que à ningunos hombres costaba menos este sacrificio, ni recibian mayor estipendio por él. Comienzo por esto segundo. El que conoce mas una necesidad, ese es el que percibe mayor consolacion, al verla socorrida. Esto no necesita de prueba. Acabamos tambien de ver que los Filósofos son los que por experiencia han conocido mejor la enfermedad y debilidad de su espíritu, y por consiguiente la necesidad de un socorro soberano. Llegado éste, ¿no serán ellos los que mas lo agradezcan, y con mas hambre se arrojen à él? Es preciso, si son consiguientes, que lo reciban como al don mas precioso del Cielo, con el gozo que, el que se ahoga, coge la mano del que la estiende, para salvarlo. Ya se alegra, y canta su libertad con acciones de gracias. Asi pintaba San Agustin el peligro de que se habia evadido, dandose en las manos de la revelacion. Esta es una de las utilidades que reconocia en haberla creído: verse fuera del inquieto mar de las questões de los Académicos y hallar aqui una paz en creer, que supéra à todo sentido (1). Uno de los Filósofos peligrosos de nuestra edad se siente obligado à dar à Dios gracias por el mismo don: „O Dios! exclama Montagne, quán obligados nos tiene v. estra benignidad, por haber fijado nuestra creencia contra estas vagas è inciertas opiniones; y puestola sobre la solidéz de tu palabra eterna“! El pueblo, y los rudos reciben este don à la manera que los infantes recién-

(1) August. de Utilitate credendi: Sæpè mihi videbatur non posse omninò inveniri quod querebam, magnique fluctus cogitationum mearum in Accademicorum sententiam ferebantur.

nacidos: apenas entienden la necesidad que tenían de él.

Al modo que los rudos no deben percibir tanto el gusto de este beneficio, debe serles el sacrificio mas doloroso que al Filósofo. La cerviz del pueblo no está acostumbrada à llevar este yugo. Su razon está cerril, nada mortificada, y dura. Ignora qué cosa es doblarla con reflexiones penosas en obsequio de alguna verdad: por fin es una alma ruda. Todo lo contrario se halla en el Filósofo. Si se le anuncian misterios sublimes en la Religion, acostumbrado está à sufrir misterios oscuros en la Filosofia. Toda la naturaleza es un misterio: *Sacer est mundus*. En cada una de sus partes halla mas que creer, que lo que sabe.

Misterio ocultísimo es para él el camino por donde nos viene el espíritu; y con qué orden ó razon se componen los huesos en el vientre de la madre (1): asi ignora las obras de Dios. Misterio es, ¿cómo el pan cotidiano se convierte en nuestra carne, y el agua y vino en nuestra sangre y linfa? ¿Cómo alimentos tan eterogéneos, como son los que nutren al hombre, se reducen en él à una misma substancia? Si habia ya consentido en ignorar esto, instruido se halla, para saber ignorar el misterio de la Cena. Un misterio se le habian hecho siempre las simientes de las cosas; no bebía menores dificultades en que estuviesen alli organizadas, ò porque se organizasen de nuevo. Esto quando mas era añadirle nuevas questões,

Dd 2

nue-

(1) Eccles. cap. 11. v. 5. Quomodo ignoras, quæ sit via spiritus, & qua ratione compingantur ossa in ventre prægnantis: sic nescis opera Dei, qui fabricator est omnium.

LXXIV.

Acostumbrado está à los misterios y a canos de la naturaleza.

nuevas dificultades , nuevas tinieblas. Un mysterio se nos habia hecho el fuego en la Filosofía , su naturaleza , sus propiedades. ¿ Si una centella basta para consumir una selva , cómo habiendo tanto fuego en los bosques , en todos los árboles y plantas , dentro , y al rededor de la tierra , en nosotros y en el ayre que respiramos , no toma con todo eso vuelo y nos consume con el mundo ? Un mysterio quedaba hecho siempre el ayre , y apenas habia motivos para sospechar de muchas qualidades que en él se ocultan ; ¿ de qué tesoro salen los vientos regulares è irregulares , y dónde principian las corrientes del Oceano ? Nada de esto penetraba el Filósofo : hecho estaba à humillarse y rendirse bajo el peso de estas tinieblas. Vino al gremio de la Religion : ¿ se le hará tan duro doblar la cabeza y las rodillas delante del Arca de los mysterios divinos ?

Pues hasta aqui no habia yo preguntado (1) sino del fuego , del viento , y de la luz que nos cercan , y de quien no podiamos separarnos. En medio de esto palpabamos tinieblas , y en nuestros estudios nos alimentabamos de dificultades. Si en efecto no podiamos conocer estas cosas , que nos son internas , sensibles , y que habian crecido con nosotros desde la infancia , ¿ cómo podiamos aspirar à comprehender los caminos del Altísimo ?

No necesita el Filósofo , para humillar su curiosidad , de preguntarse ¿ quantas son las habitaciones

(1) Esdræ 4. cap. 4. v. 9. Nunc autem non interrogavi te nisi de igne , & vento , & die per quam transisti , & à quibus separari non potes , & non respondisti mihi de eis . . . Et quomodo poterit vas tuum capere Altissimi viam , & jam exterius corrupto sæculo intelligere corruptionem evidentem in facie mea.

PREVENCION A LOS VERDADEROS FILÓSOFOS. 213
ciones que hay en el corazon del mar ; ò quantas son las venas de que nace el abismo ; ò quales son las aguas que están sobre el Firmamento , ni quales son las salidas del Paraíso (1) ? Para estas dificultades podria servirle de escusa y de consolacion , el decirse : yo no he bajado al abismo , ni penetré aun por los Infernos , ni subi jamás al Cielo ? ¿ Pero qué escusa tiene que dar à la ignorancia , en que vive , de las cosas que le son mas familiares y unidas (2) ?

Vé aqui , (3) como decia Dios à Job , indicada una mínima parte de los caminos del eterno : y no habiendo sentido aun mas que una pequeña centella de su sabiduría , ¿ quién podrá mirar el relámpago de su claridad ? ¿ Satisfizo alguna vez la naturaleza à nuestra curiosidad ? ¿ à quánta costa de nuestra razon y de nuestros sentidos creíamos algo ! Tinieblas padecemos , para creer que el mundo fue criado por un sér sapientísimo , necesario , inmutable , perfecto. ¿ Pero seriamos llevados por menores tinieblas , para creer que exístió siempre y sin algun principio ? Que habia sido eterno un globo ; que antes nos admira , cómo ha podido durar una série no muy larga de años ? Y si me iba à creer que lo habia hecho el acaso , veía delante de mí menos trabajo , para entender esto : *Existimabam , ut cognoscerem hoc ; labor est ante me.*

Asi todo era para el Filósofo un mysterio en el

(1) Id. ibi. v. 7. Si essem interrogans te , dicens : quantæ habitaciones sunt in corde maris , aut quantæ venæ sunt in principio abyssi , aut quantæ venæ sunt super firmamentum , aut qui sunt exitus paradysi.

(2) Id. ibi. Tu , quæ tua sunt tecum coadolescencia , non potes cognoscere.

(3) Job 16. 14. Ecce ex parte dicta sunt viarum ejus : & cum vix parvam scintillam sermonum ejus audierimus , quis poterit tonitruum magnitudinis illius intueri ?

el universo. Por todas partes obscuridades, combatirse unos con otros los primeros maestros: este veía que era necesario el *lleno*; aquel palpaba la necesidad del *vacío*; otros percibían salir del Sol los rayos espirituales y las atracciones; los otros se entretenían con su *Eter*, ò con una materia *inmaterial*. Y esto me comprueba que los mismos oráculos de la Filosofía ignoraban los elementos ò principios del mundo. Ningunos, pues, mas exercitados en respetar oráculos y en creer misterios, que los Filósofos; pero unos oráculos y unos misterios inciertos, sin promesas útiles, sin fiadores, y realmente sin ciencia infalible. Pues yo me gozo, concluirá qualquier Filósofo, como concluía San Agustín, en profesar una fé Católica, y por ella espero llegar à la ciencia estable y perfecta (1).

LXXV.
Ni otros mas acostumbrados à sacrificar la razón, y aun la evidencia.

No tiene el Pirroniano è Incrédulo mas angosto campo donde reflexionar y por donde volver contento de las tinieblas à la luz. ¿Quién fue de un *espíritu* tan fuerte, como él muestra serlo? Ha podido muchas veces negarse à sí mismo: ha hecho la mayor violencia à su misma razón: ha sabido no creer lo que ésta le representaba mas abierto y mas claro: ha desmentido à sus sentidos y reputado por ilusion lo que le evidenciaban sus ojos. ¿Pues no será tambien fuerte para juzgar que en el Sacramento Augusto no permanecen las substancias del Pan, y el Vino, sin embargo de que las especies evidencien à sus ojos lo contrario? Así se sienten dificultades por todas partes, Las

(1) August. de Utilit. credendi cap. 14. Ego catholicam fidem profiteor, & per illam me ad certam scientiam perventurum profiteor.

Las hay grandes en la Religion; las hay mayores en la irreligion (se verá esto mejor en la Disertacion quinta del libro quarto: su asunto es comparar los misterios irracionales de la irreligion con los misterios divinos de la Religion); pero estas mas grandes nacen del vacío y repugnancia de la falsedad: aquellas menores dependen de la sublimidad de las cosas reveladas. Las dificultades de la irreligion no se suavizan con ningun aceyte ni con alguna paz. Las obscuridades en la Religion son como una noche serena, templada de una luz que consuela y pone paz, ò un dulce sueño en el espíritu trabajado. Finalmente, Filósofos, descendad, os ruego, al fondo de vuestro corazón, y veréis las diversas fuentes de donde nacen las dificultades del Incrédulo y del fiel. En este pueden nacer de la flaqueza de su entendimiento y de la alteza de los misterios; pero en el Incrédulo veréis, que nacen de sus intereses presentes y de la resistencia de sus pasiones. Por satisfacer à éstas, perdona el que sus dificultades no se satisfagan: antes busca medios y colores con que hacerse facil lo mas imposible; pero esto nos llama ya à otro Artículo.

